

## **J. J. on the radio**

Marcelo Báez Meza

Centro de Santiago de Guayaquil. Calle Rocafuerte y otra que ya no importa. Apesadumbrado, Julio Jaramillo salió de la radio. Había fracasado en el concurso de imitadores de J.J. Se había puesto en la fila, como cualquier otro cantor de poca monta, justo en la mitad de la mañana. Era uno de los tantos regresos de Jaramillo a su ciudad y ese sábado le había vencido la decisión de hacer algo diferente. Con su sombrero y sus gafas, estaba más que disfrazado de sí mismo. Mientras la fila se movía y avanzaba, sentía como si fuera la primera vez que iba a cantar. No era un estadio. No era un coliseo o el set de un canal de televisión. Esta vez el público era triple: un jurado implacable aupado por los dueños de la radio, el público presente en el salón de actos y el invisible formado por los radioescuchas. Tomó nota de la calidad de cada participante que subía al escenario y pensó: “mis imitadores cantan mejor que yo”. La vergüenza lo abatía cada vez que corría la cinta de cualquiera de sus éxitos. En ese lugar no era el ídolo de multitudes. Era tan solo uno más. Lo constató cuando agachó la mirada y vio el número ocho que le habían colgado en el pecho, en forma de un pequeño cartel, como al resto de los competidores. Cuando le pidieron que llenara un formulario, puso un nombre y un apellido cualquiera. La canción que escogió fue “Fatalidad” pues vio que ningún otro la había seleccionado para el repertorio. Ni siquiera había subido al tablado y alguien dentro de él ya conocía de antemano el veredicto. Sabía que no habría de lucirse para llevarse los cien mil sures de premio, aparte de los productos de los patrocinadores. Mientras esperaba, para no aburrirse, decidió merodear para ver si pescaba una sirena entre las redes de su verbo. Lo intentó con una mulata, una negra, una chola y una blanca que resultó ser esposa de un miembro del tribunal. Con ninguna dieron resultado sus triquiñuelas discursivas. Alguien le había dicho alguna vez: “es fácil conquistar a una mujer si eres Julio Jaramillo. El verdadero desafío es atraparlas si no eres J.J.”. Tuvo que beber de su pólvora mojada y guarecerse en el silencio mientras esperaba su turno. Fue entonces cuando vio cómo un par de managers se peleaban por los favores del imitador número diecinueve al que todos tenían como favorito. Al que seguramente habría de ganar la medalla de plata, el número siete, lo estaban convenciendo para que cante en una boda. La de bronce se la ganó J.J. El jurado ponderó la excelente forma en que el concursante imitaba la parada del solista al que todo el mundo imaginaba en Venezuela. No faltó aquel que encomiaba cómo se parecía hasta en el físico: la figura regordeta en la penumbra era una copia perfecta de la original. Lo que nadie alabó en el número ocho fue la voz. Esos halagos fueron a rodar hasta los pies del número diecinueve: el tono, el timbre y la dicción eran supuestamente perfectos. En el número siete adularon los mismos aspectos, pero no con tanto entusiasmo.

Julio Jaramillo no se quedó a recibir el premio que aparte de carecer de aliciente económico, no era más que jabones, perfumes y afeites para el baño. Después de avanzadas algunas cuerdas, el cantante fue abordado por una chiquilla que le confesó haber estado entre el público durante el concurso y le espetó que el dictamen había sido un fraude y que él era el verdadero vencedor. Jaramillo hizo caso omiso del piropo y lo primero que se le ocurrió decirle a la muchacha fue dónde diantres estaban sus padres. “Son los dueños de la radio”, fue la respuesta que se le escuchó a la nínfula. “Acabo de cumplir catorce años”, añadió la criatura sin que el caminante se lo preguntara. “Vamos, te invito a un jugo”, respondió él y más que una invitación parecía un ruego. Sabía que podía ser una de las tantas trampas que le ponían. Un cebo para que muerda el gran pez. ¿Cuántas veces lo habían engañado enviándole carne fresca? Por un lado, no le importa; pero por otro, ¿quién podía saber que había regresado a Ecuador? Ella dubitó antes de musitar una negativa que laceró los oídos de Julio Jaramillo. “Adiós, niña linda” le dijo al mismo tiempo que le daba la espalda. “Adiós, J.J.”, fue la respuesta inesperada que no logró que el trovador se volteara sonriente. En el sodabar Montreal se embriagó con un par de jugos de naranja que el gordo Benito le preparó en la barra, la misma en la que usualmente anclaba su barcaza dipsómana. Cuando estaba levantándose para pagar la cuenta, vio a los medallistas radiales que venían por la calle Primero de Mayo, en plena algazara, como si hubieran ganado un premio Grammy. Esta vez Julio Alfredo Jaramillo Laurido cantó en alta voz su pensamiento: “mis imitadores cantan mejor que yo”.